

PARADOJAY GENIO

OSCAR WILDE

PARADOJA Y GENIO

SELECCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS
DE OLIVIA DE MIGUEL

INTRODUCCIÓN
DE LUIS ANTONIO DE VILLENA



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la cubierta: Estudio Calderón

Primera edición: febrero de 2021

© de la traducción, selección y notas: Olivia de Miguel, 1993, 2021

© de la presente edición: Edhasa, 2021

Diputación, 262, 2^o1^a

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 202

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-9167-1

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 22090-2020

Impreso en España

ÍNDICE

Prólogo	9
Criterios de la presente edición.	17
Conversaciones	23
Conferencias.	37
Entrevistas	43
Reseñas	47
Vera	51
El príncipe feliz y otros relatos	57
El retrato de Mr. W. H.	65
El retrato de Dorian Gray	69
Intenciones	85
El espíritu del hombre bajo el socialismo	107
El crimen de lord Arthur Savile.	117
La duquesa de Padua	121

El abanico de lady Windermere.	125
Una mujer sin importancia	131
Frases y filosofías para uso de la juventud	143
Un marido ideal	149
La importancia de llamarse Ernesto	157
Los juicios	165
Cartas	193
<i>De profundis</i>	199
Balada de la cárcel de Reading	205
Notas	209
Cronología	217
Bibliografía	223
Índice onomástico y temático	229

PRÓLOGO

OSCAR WILDE

La imagen que invita al paganismo

Con gran acierto definió Borges: «Wilde dio a su siglo lo que su siglo pedía, *comédies larmoyantes* para los más y arabescos verbales para los menos». Pero Oscar Wilde fue —principalmente y además— una vistosa y trágica encarnación de su misma literatura. Cuando era joven, poeta y estudiante en Oxford, decidió hacer verdad, volver carne, las ideas estéticas de John Ruskin y de Walter Pater. Ellos —y los prerrafaelitas— crearon una nueva sensibilidad estética en la Inglaterra de la segunda mitad del siglo XIX, pero quien visibilizó todo ese amasijo de teorías y textos fue Wilde, discípulo convertido en maestro y exquisito conferenciante en traje estético.

Con pelo largo y lacio, chaqueta de terciopelo, medias de seda y zapatos de charol, Oscar caminaba —se exhibía— con un girasol o un lirio en las manos. Si todos habían querido llevar el arte a la vida, Oscar teatralizó el arte. Fumaba con afectación, fabricaba paradojas —para lo que siempre poseyó un don exacto y copió y reordenó las galas verbales de Pater y los latigazos desdeñosos de Whistler. Un día en una exposición le había

dicho (imperdonable debilidad) al refinado pintor norteamericano: «Me hubiera gustado decir esa frase, James». A lo que respondió Whistler (el autor de *El encantador arte de hacerse enemigos*): «Ya la dirás, Oscar, ya la dirás...». ¡Y vaya si la dijo!

Al principio —soltero aún— Oscar era el esteta superficial, medievalizante, amante de una Italia mítica, buscador de ángeles de tabla del trescientos, elegante y moderno por antiguo. Socialista de bellas carreteras y fábricas con música. Luego (tras su moderada etapa de padre de familia), Wilde veía que los *nineties*, el más puro fin de siglo, lo volvían todo trágico. Ya no se trataba de idealizar o socializar. El tiempo pasaba y había que atraparlo pagamente, como quería Fausto. Los idealistas morían de delirium trémens y la sociedad burguesa se negaba al gran mensaje terrestre de la paganía. Wilde, entonces —a partir de *Retrato de Dorian Gray*—, vestido de frac y sortijas, alto y gordo como emperador romano en decadencia, comprende que la felicidad es razonable pero el placer es trágico, y busca la desesperación del mundo imposible de la sensualidad estética. Wilde de las veladas achampanadas del Savoy, de los cigarrillos opiados, de los redobles y lauros a la belleza del amor que no se atreve a decir su nombre. Wilde escandaloso e íntimamente dolido —quizá por la imposibilidad de la apuesta— se enmascara con telas de púrpura y presenta a un desolado mesías que, en el poema *El hacedor del bien*, tiene que oír: «Hubo un tiempo en que estaba yo muerto y Tú me resucitaste. ¿Qué voy a hacer más que llorar?».

Sin duda, Oscar Wilde fue un decadente y un esteta. Pero en no menos medida fue un pagano. Soñó —con ingenio, con talento lingüístico— con desenterrar las viejas ciudades del alejandrinismo. Entrar, como nuevo Baco, en otra Antioquía en un carro tirado por tigres, desnudo en pámpanos él, invitando a la orgía, entre muchachitas escanciadoras y efebos agitando los tirsos alegres...

Un pagano en la Inglaterra victoriana tenía que acabar como concluyó Wilde: dos años de trabajos forzados en una sórdida cárcel, por sodomita, y un final de vagabundo pobre, exiliado y perdido: Sebastian Melmoth. A Oscar se le toleró el aforismo y el estilo, se le rieron esas frases agudas que daban, temblando, en el centro de la hipocresía. Pero él —lo dije— encarnó la literatura. No era sólo frases y retazos de escarlata, encomio de la paradoja, la libertad y el arte óptimo máximo; era, además, un sátrapa, un Nerón, un Heliogábalo —cantado por Stefan George— idealista que quería palpar la carne célica y terminó en los ocultos prostíbulos masculinos de su compañero de caída, el proxeneta Alfred Taylor.

Si Oscar Wilde sigue fascinándonos no sólo es por un mencionado y casi inefable encanto (del que las paradojas resultan hoplitas de avanzada), sino porque asumió la totalidad del Fin de siglo. Esteta lo fue hasta las sortijas en los dedos del pie pintados de verde, como las cortesanas de Babilonia. Gozador de la vida, pensó banquetes de ingenio (*La importancia de llamarse Ernesto*) y copas de vino espumoso. Filósofo del fin, se supo amalgamar con el socialista utópico, tendió las manos a los humildes y se

engalanó para semejar —dandi— más mayestático y distinguido que los elegantes. Teorizó sobre el arte y se echó a reír de la moralina vieja. Poetizó delicuescencias y enigmas (*La esfinge*) y supo hablar con la sencillez del dolor y su emoción, cuando salió de su condena (*La balada de la cárcel de Reading*) mientras gritaba que el mundo puede ser bello bajo la luz carnal de los dioses masculinos...

Oscar Wilde —maestro de la frase aguda— no fue sólo un gran especialista en gemas. Por ello es falso decir (como pretendieron los antidecadentes) que el mejor Wilde es el penitencial y franciscano de *La balada* o el *De profundis*. Oscar fue siempre un alto, brillante y excelente escritor. Primero con la fingida ingenuidad del primitivo (*El príncipe feliz*); luego con el oro denso, sensual y enjoyado del perdedor, simbolista, esteta y pagano (*Una casa de granadas*); al fin, en el errabundo al que la sociedad ha castigado y sueña la bondad profunda, la dicha del Bien. Pero siempre en teatro, porque Wilde —como dicen que hacía en sus veladas la madre, Jane Francesca— teatralizó siempre. Se quiso espectáculo, pues no hay otra forma de vida/literatura. Wilde sopista en París —al borde de la muerte— o dandi de dientes cariados en los grandes salones de Londres, antes, autoproclamándose «rey de la vida», es siempre un actor que supo escribirse. Ese inefable encanto que se le atribuye con razón es, básicamente, la conformidad de sus días con su escritura y con su retrato. Esteta del paganismo, pagano de la caridad y bondadoso del mal, casi todo Oscar Wilde (mártir homosexual, santón del esteticismo, finisecular que trasciende el *fin de*

siècle) está en esta leve conversación que encantó a los Goncourt:

—¿Qué es la civilización, *monsieur* Wilde? —le preguntó el actor [*Coquelin*].

—El amor a la belleza.

—¿Qué es la belleza?

—Lo que los burgueses llaman fealdad.

—¿Y qué es lo que los burgueses llaman la belleza?

—Eso no existe.

LUIS ANTONIO DE VILLENA

Madrid, junio de 1993

CRITERIOS
DE LA PRESENTE EDICIÓN

Preparar un libro de aforismos a partir de la obra de un autor que no los escribió es siempre, además de otras cosas, una tarea de saqueo y descontextualización. No ocultaré mis escrúpulos ante la segunda de estas labores por la malinterpretación que pueda derivarse ante la palabra huérfana de su contexto, pero tampoco esconderé lo estimulante y retador que resulta el intento de capturar, a través de lo fragmentario, «la verdad, sabiduría y seriedad que —en palabras de André Gide— se ocultaban tras la máscara del bufón»; y esto a pesar del rechazo a aceptar la máscara como un elemento divisorio entre un hipotético Oscar escondido tras ella y un Wilde que, suplantando al «auténtico», se muestra al mundo. Lejos de dividir, la máscara es para mí un punto de encuentro, de fusión, una elección fundamental que constituye lo propio de un estilo, un elemento significativo del discurso literario y vital con el que alguien decide exponerse ante el otro o protegerse de él, pero que, en cualquier caso, es parte integrante y manifestación de la capacidad creadora de quien la elige.

Por esta razón, el criterio que ha guiado esta selección ha sido integrador. No hay para mí un Wilde detrás de la máscara y otro delante; ni un Wilde lúdico, cínico y divertido, y otro serio y sincero. Wilde es todos y uno. Su pensamiento evoluciona, cambia, de lo seriamente divertido a lo lúdicamente serio, porque sus elecciones modifican su trayectoria vital, su circunstancia y, en consecuencia, sus opiniones.

El deseo de integración de los múltiples rostros de Wilde me ha llevado a extraer textos no sólo de su obra de ficción y ensayos, sino también de sus cartas, conferencias, artículos de prensa y, sobre todo, fragmentos de conversaciones recogidos por contemporáneos suyos como Housman, Harris, Robert H. Sherard, Gide o Edgar Saltus. Es precisamente la cualidad conversacional de su discurso lo más característico de su genio. No sólo sus obras de ficción se construyen alrededor del diálogo, sino también sus ensayos, que se organizan a través de la charla, del intercambio de opiniones, del desacuerdo y el debate. La conversación, «ese arte efímero», como lo define Redman, se convierte en Wilde en una filigrana, en una acrobacia verbal que nos seduce por la gracia y limpieza de su ejecución, por la precisión y contundencia de la caída.

La segunda dificultad que se me planteó en la elaboración de este libro nace de la falsa identidad entre autor y locutor del discurso, y que afecta al criterio de ordenación de los aforismos. Si en cierto modo podemos «responsabilizar» al autor del pensamiento expresado en cartas,

conferencias o conversaciones, es obvio que no podemos hacer lo mismo cuando quien habla es un personaje de ficción. Wilde no es lady Windermere ni el gigante egoísta, y las opiniones que ellos expresan como tales no son imputables al autor. En los fragmentos de los juicios que aquí reproducimos, se evidencia que gran parte de las acusaciones contra Wilde se basaron en la supuesta identidad, por parte de los jueces, entre autor y ser de ficción. He creído oportuno, por tanto, ordenar los aforismos por obras y no por temas, con la intención de no despojarlos totalmente de su contexto y, al mismo tiempo, he decidido disponer los libros cronológicamente para que el lector interesado pueda rastrear la trayectoria del pensamiento de Wilde a lo largo de su vida. No obstante, los índices temáticos servirán de ayuda a quien busque la cita memorable sobre un tema concreto.

OLIVIA DE MIGUEL

CONVERSACIONES

[1] ... Hay dos mundos: uno existe y nunca se habla de él; lo llamamos mundo real porque no necesitamos hablar de él para verlo. El otro es el mundo del arte: tenemos que hablar de éste porque, de lo contrario, no existiría.

[2] Las mujeres inmorales rara vez son atractivas. Es su amoralidad lo que las hace irresistibles.

[3] Fracasar y morir joven es la única esperanza de un escocés que desee perdurar como artista.

[4] La gente no debería confundir los medios de una civilización con sus fines. El valor de la máquina de vapor y el teléfono depende por completo del uso que se haga de ellos.

[5] Dadme lujos y podéis quedaros con lo necesario.

[6] La risa es la actitud primigenia hacia la vida: un modo de acercamiento que pervive sólo en criminales y artistas.

[7] Lo que un hombre tiene realmente es lo que es en su interior.

[8] Aquel para quien el presente es lo único presente, no sabe nada de la época que le ha tocado vivir.

[9] Cuando no conocía la vida, escribía; ahora que conozco su significado, no tengo nada más que escribir. La vida no puede escribirse: sólo puede vivirse.

[10] Entre Hugo y Shakespeare han agotado los temas. Ya no es posible ser original ni siquiera en el pecado. No nos quedan emociones auténticas, sólo adjetivos extraordinarios.

[11] ... En Francia todo burgués quiere ser artista, mientras que en Inglaterra todo artista quiere ser burgués. En eso consiste la gran superioridad de Francia sobre Inglaterra.

[12] Un poeta puede sobrevivir a todo menos a una errata.

[13] Hay dos modos de aborrecer mi teatro: uno, aborreciéndolo; otro, prefiriendo a «Ernesto».

[14] Mis gustos son sencillísimos. Siempre estoy satisfecho con lo mejor.

[15] A veces pienso que Dios sobrevaloró Su talento al crear al hombre.

[16] Los hombres que tratan de hacer algo por el mundo son siempre insoportables; cuando el mundo ha hecho algo por ellos, son encantadores.

[17] ... Un sentimental es sencillamente alguien que desea tener el lujo de una emoción sin tener que pagar por ella.

[18] La coherencia es el último refugio de los carentes de imaginación.

[19] La seriedad es el último refugio de los superficiales.

[20] Me pasé toda la mañana corrigiendo las pruebas de uno de mis poemas, y quité una coma. Por la tarde, volví a ponerla.

[21]¹ Los únicos escritores que me han influido son Keats, Flaubert y Walter Pater,^{*} y antes de tropezarme

1. Los asteriscos remiten al apartado de Notas de las páginas 209-215.

con ellos yo ya había ido a su encuentro más de medio camino.

[22] Es muy triste. La mitad del mundo no cree en Dios, y la otra mitad no cree en mí.

[23] Wilde aseguraba haber visto una vez, en un periódico francés, las siguientes palabras escritas bajo el dibujo de un sombrero: «Con este estilo de sombrero la boca debe llevarse ligeramente abierta».

[24] La oración no debe tener respuesta jamás. Si la tiene, deja de ser oración y se convierte en correspondencia.

[25] Consejo de Wilde a un joven al que le habían dicho que debía comenzar desde abajo:

No, empieza desde la cumbre y siéntate arriba.

[26] Sobre los americanos:

No tienen boato, ni celebraciones espectaculares, ni ceremonias brillantes. Sólo vi dos desfiles: uno, los bomberos precedidos por la policía, y otro, la policía precedida de los bomberos.

[27] Sobre las cataratas del Niágara:

Sencillamente una inmensa e innecesaria cantidad de agua siguiendo un camino equivocado y yendo a caer sobre un montón de rocas igualmente innecesarias.

—Pero, al menos, admitirá usted que son unas caratatas maravillosas —le preguntaron.

—¡Lo maravilloso sería si el agua no cayera! Todas las novias americanas vienen aquí y la contemplación de la magnífica cascada debe de ser una de las primeras, si no de las más amargas, decepciones de la vida matrimonial americana.

[28] Entre la vida y yo siempre hay un velo de palabras. Lanzo un supuesto por la ventana por amor a una frase y abandono la verdad por la oportunidad de un epigrama. No obstante, sigo pretendiendo hacer una obra de arte.

[29] Los ingleses tienen el milagroso poder de convertir el vino en agua.

[30] El patriotismo es la virtud de los depravados.

[31] Si tus pecados te descubren, ¿por qué preocuparte? Los problemas empiezan cuando te encubren.

[32] ¿Le gustaría conocer el gran drama de mi vida? He puesto todo mi genio en vivir y sólo el talento en mis obras.

[33] No tiene una sola cualidad: carece de la más mínima decencia y es realmente la mujer más perversa de Londres. Sin embargo, tengo que decir algo en su favor... es una de mis grandes amigas.

[34] Una de esas típicas caras inglesas que una vez vistas no se recuerdan jamás.

[35] Los caballeros y los puritanos son interesantes por sus vestimentas, no por sus convicciones.

[36] No tiene un solo vicio que lo redima.

[37] Puede que haya dicho lo mismo anteriormente... pero mi explicación, estoy seguro, será siempre diferente.

[38] En lugar de acaparar el estrado de la sentencia, el periodismo debería estar disculpándose en el banquillo de los acusados.

[39] No hay un tipo de acción ni una forma de emoción que no compartamos con los animales más simples. Sólo el lenguaje nos hace superiores a ellos, el lenguaje: padre, que no hijo, del pensamiento.

[40] A medida que vas leyendo la historia... te pones completamente enfermo, no tanto por los crímenes que han cometido los malvados, sino por los castigos que los buenos han infligido. La comunidad se embrutece infinitamente más por el uso habitual del castigo que por la ocurrencia ocasional del delito.

[41] La historia es el único género literario en que los personajes reales no parecen estar fuera de lugar. En las novelas resultan aborrecibles.

[42] Nada me resulta tan doloroso como tropezarme con una virtud en una persona que jamás hubiera sospechado que la tuviera. Es como encontrar una aguja en un pajar: te pincha. Si tenemos una virtud, deberíamos advertírselo a los demás.

[43] No se puede hacer buena a la gente mediante una ley parlamentaria: eso ya es algo.

[44] La auténtica vida de alguien es muy a menudo la vida que uno lleva.

[45] El trabajo es la maldición de las clases bebedoras.

[46] Ahora, he aprendido que la piedad es lo más grande y hermoso del mundo y, por eso, no puedo guardar inquina a los causantes de mi sufrimiento, ni a los que me condenaron, ni a nadie, porque sin ellos no habría llegado a saber todo esto.

[47] Hay dos modos de aborrecer la poesía: uno, aborrecerla; otro, leer a Pope.

[48] Frank Harris* cuenta que una vez la editorial americana Harper le pidió que escribiera un libro de cien

mil palabras por unos 5000 dólares pagados por adelantado. Les escribió diciendo que no podía encargarse del trabajo porque en inglés no había cien mil palabras.

[49] Sobre George Moore:*

Lleva a sus lectores al retrete y los deja encerrados allí.

[50] Matthew Arnold,* un poeta magnífico pero rotundamente equivocado, se pasó la vida intentando lo imposible: conocerse a sí mismo. Por eso, a veces, en medio de sus poemas más hermosos, deja de ser poeta y se convierte en inspector de enseñanza.

[51] Sobre Ruskin:

Amaba su prosa, no su piedad; su simpatía por los pobres me aburría.

[52] La humanidad se toma demasiado en serio a sí misma; es el pecado original del mundo. Si el hombre de las cavernas hubiera sabido reírse, la historia habría sido diferente.

[53] Sobre Charles Dickens:

Uno tiene que tener el corazón de piedra para leer la muerte de Little Neal sin reírse.

[54] ¡Los misioneros! ¿No te das cuenta de que los misioneros son el alimento suministrado por la divinidad

a los desamparados y desnutridos caníbales? Dondequiera que estén al borde de la inanición, el cielo, en su infinita misericordia, les envía un misionero bien rollizo.

[55] Los solterones ricos deberían pagar fuertes impuestos. No es justo que algunos hombres sean más felices que los demás.

[56] Me apropio de lo que es realmente mío, puesto que una vez publicado, un libro se convierte en propiedad pública.

[57] ¡La poligamia...! Cuánto más poético resulta casarse con una y amar a muchas.

[58] Para un artista, casarse con su modelo es tan fatal como para un *gourmet* casarse con su cocinera: uno se queda sin nadie que pose y el otro, sin cena.

[59] Considero la fealdad una especie de enfermedad, y la enfermedad y el sufrimiento siempre me inspiran aversión. Ya sé que un hombre con dolor de muelas debería contar con mi simpatía por su tremendo dolor, pero sin embargo sólo me produce antipatía: es tedioso, aburrido; no lo soporto; no puedo mirarlo y tengo que alejarme de él.

[60] Sobre Max Beerbohm:★
... Los dioses concedieron a Max el don de la eterna vejez.

[61] Sobre Whistler:★

Jimmy explica cosas en los periódicos. El arte debería permanecer misterioso. Los artistas, como los dioses, no deben abandonar nunca su pedestal.

[62] Whistler abandonó América para seguir siendo artista, y Mr. Sargent,* para poder serlo.

[63] El don Juan de verdad no es esa persona vulgar que va por ahí haciendo el amor a todas las mujeres que encuentra, lo que los novelistas llaman «seduciéndolas». El verdadero don Juan es el hombre que dice a las mujeres: «¡Marchaos! No os necesito. Obstaculizáis mi vida. Puedo arreglármelas sin vosotras». Swift fue el verdadero don Juan: ¡dos mujeres murieron por él!

[64] ... El amor y la gula lo justifican todo.

[65] Todo el mundo debería llevar el diario de otro.

[66] Creer es muy tedioso. Dudar, intensamente absorbente. Estar alerta, vivir; y ser acunado por la seguridad, morir.

[67] Ser bueno es estar en armonía con uno mismo. La discordia, verse obligado a esta en armonía con los demás.

[68] Cuando era un muchacho, mis dos personajes favoritos eran Lucien de Rubempre y Julien Sorel. Lucien se ahorcó, Julien murió en el cadalso y yo, en la cárcel.

[69] Nunca dejo para mañana lo que, posiblemente, pueda hacer pasado mañana.

[70] No creo que viva para ver el próximo siglo; si empezara otro siglo y yo siguiera aún vivo, sería, realmente, más de lo que los ingleses pueden aguantar.

